

ARISTOCRACIA DE BARRIO

Roberto Arlt



Duración
7'58''

La otra mañana he asistido a una escena altamente edificante para la moral de todos los que la contemplaban.

Un caballero, en mangas de camiseta y una carga de sueño en los ojos, atraillando a tres párvulos, discutía a grito pelado con una pantalonera, mujercita de pelo erizado y ligera de manos como Mercurio lo era de pies, y digo ligera de manos, porque la pantalonera no hacía sino agitar sus puños en torno de las narices del caballero en camiseta.

Para amenizar este espectáculo y darle la importancia lírico-sinfónica que necesitaba, acompañaban los interlocutores su discusión de esas palabras que, con mesura, llamamos gruesas, y que forman parte del lenguaje de los cocheros y los motormans irritados.

Por fin, el caballero de los ojos somnolientos, agotado su repertorio enérgico, recurrió a este último extremo, que no pudo menos de llamarme la atención. Dijo:

–Usted a mí no me falte el respeto, porque yo soy jubilado.

Es indiscutible que el nuestro es un país de vagos e inútiles, de aspirantes a covachuelistas, y de individuos que se pasarían la existencia en una hamaca paraguaya, pues este fenómeno se observa claramente en los comentarios que todas las personas hacen, cuando hablan de un joven que está empleado:

–Ah, tiene un buen puesto. Se jubilará.

A nadie le preocupa si el zángano de marras hará o no fortuna. Lo que le preocupa es esto: que se jubile.

De allí el prestigio que tienen en las familias los llamados empleados públicos.

Días pasados oía este comentario de boca de una señora:

–Cuando una chica tiene un novio que es empleado de banco, es mejor que si tuviera un cheque de cien mil pesos.

Y es que todo el mundo piensa en la jubilación, y eso es lo que hace que el empleado de banco, o todo empleado con jubilación segura, sea el artículo más codiciado por las familias que tienen menores matrimoniales.

Y tanto se ha exagerado esto, que la jubilación ha llegado a constituir casi un título de nobleza leguleya. No hay chupatintas ni ensuciapapeles que no se crea un genio, porque después de haberse pasado veinticinco años haciendo rayas en un librote lo jubilarán.

Y las primeras en exagerar los méritos del futuro jubilado son las familias, las chicas que quieren casarse y los padres que se las quieren sacar de encima cuanto antes.

En mi concepto, la mejor patente de inutilidad que puede presentar un individuo, es la de ser burócrata; luego viene, fatalmente, la de jubilarse. Hablando en plata, es un tío que no sirve para nada. Si sirviera para algo no se pasaría veinticinco años esperando un sueldo de mala muerte, sino que hubiera hecho fortuna por su cuenta e independientemente de los poderes oficiales.

Esto desde el punto de vista más simple y sencillo. Luego viene el otro... el otro que se nos presenta con su medianía absoluta es un individuo que, como un molusco, se ha aferrado a la primera roca que encontró al paso y se quedó medrando mediocrementemente, sin una aspiración, sin una rebeldía, siempre manso, siempre gris, siempre insignificante.

Veinticinco o treinta años de esperar un sueldo sin hacer nada durante los treinta días del mes.

Siete mil quinientos días que se ha pasado un fulano haciéndole la guardia a un escritorio, mascullando las mismas frasecitas de encargo; temblando a cada cambio de política; soportándole la bilis a un jefe animal; aburriéndose de escribir siempre las mismas pavadas en el mismo papel de oficio y en el mismo tono pedestre y altisonante. Se necesita paciencia, hambre e inutilidad para llegar a tales extremos.

Pero bien lo dice el Eclesiastés: “Todo hombre hace de sus vicios una virtud”.

La jubilación que debía ser la muestra más categórica de la inutilidad de un individuo, se ha convertido, en nuestra época, en la patente de una aristocracia: la aristocracia de los jubilados.

Díganmelo a mí...

¡Cuántas veces al entrar a una sala y recibirme una de esas viudas grotescas con moñito de terciopelo al cogote, lo primero que oí, fue decirme al enseñarme el retrato patilludo y bigotudo de un sujeto, que colgaba de un muro:

–¡Mi difunto esposo, que murió jubilado!

Y lo de jubilado he visto que lo añaden como si fuera un título nobiliario y quisieran decir:

–Mi difunto esposo que murió siendo miembro de la Legión de Honor.

Eso mismo, la jubilación para cierta gente de nuestra ciudad viene a ser como la Legión de Honor, el desiderátum, la culminación de toda una vida de perfecta inutilidad, el broche de oro, como diría el poeta Visillac, de ese vacío soneto de que se compone la vida del empleado nacional, cuyo único sueño es eso.

Sí, ese es el único sueño. Además, el timbre de honor de las familias, el orgullo de las hijas de papá.

Y lo curioso es que casi todos los jubilados pertenecen a la Liga Patriótica; casi todos los jubilados sienten horror a la revolución rusa; casi todos los jubilados se enojan cuando oyen decir la frase de Proudhon: “La propiedad es un robo”.

Constituyen un gremio de Fulanos color de pimienta, gastan bastones con puño de oro, tienen aspecto de suficiencia y cuando hablan del doctor Yrigoyen, dicen:

–En hablando de don Hipólito... –y se descubren con una ceremoniosa genuflexión.

En definitiva: la aristocracia de las parroquias está compuesta de la siguiente forma: por empleados jubilados; tenientes coroneles retirados; farmacéuticos y almaceneros que sienten veleidades de políticos y de salvadores del orden social.

Por eso el lagañoso caballero de la camiseta, que era un ex escribiente del Registro Civil, con treinta años de servicio, le decía a la pantalonera:

–Usted a mí no me falte el respeto, porque soy jubilado. ■

En: *Aguafuertes porteñas*, Hyspamérica, 1986.



ARISTOCRACIA DE BARRIO

Roberto Arlt

ARISTOCRACIA DE BARRIO

Roberto Arlt

BREVE RESEÑA PARA EL DOCENTE

Usted a mí no me falte el respeto, porque yo soy jubilado, dice el hombre a una pantalonera, dando pie a explorar el rosario de frases típicas en que incurren las clases medias a la hora de justificar y ennoblecer sus pequeñas posesiones en su veneración a las clases altas. Diatriba ácida para un sector social confiado en sus “logros” laborales, aferrado a sus seguridades jubilatorias y aprisionado por sus miedos al *pueblo*. Improductividad, medianía, falta de aspiraciones vitales genuinas, derrotados antes de empezar, con sólo un magro retiro como norte.

PRESENTACIÓN DEL CUENTO A LOS ESTUDIANTES

Despiadada crítica a la gente que mata el tiempo vegetando sin pasión en oscuros empleos, a aquellos funcionarios con mentalidad de burócratas pendientes apenas de la jubilación a obtener al final de un camino caracterizado por la mediocridad y la carencia de objetivos. Según la visión del autor estos personajes rechazan sistemáticamente cualquier gesto de rebeldía, cualquier pensamiento que cuestione o discuta, al menos en parte, el estado de cosas. En el texto estas ideas aparecen enmarcadas en una única escena, la discusión entre una simple trabajadora y “todo un caballero” que ostenta, ante la mujer, su presunta condición de hombre íntegro y cabal, de **jubilado**.

DATOS SOBRE EL AUTOR

Hijo de un inmigrante prusiano y una campesina del Tirol, Roberto Arlt nació en Buenos Aires, en abril del año 1900. Su infancia y adolescencia transcurrió en el barrio de Flores

donde asistió a la escuela hasta el tercer grado e inició su formación autodidacta leyendo a Kipling, Salgari, Verne, Stevenson. Intentó diversos oficios entre los que se destaca la legendaria vocación de inventor. Aficionado a los experimentos con sustancias estuvo a punto de fabricar una fibra sintética para confeccionar un tipo de medias de mujer que dejarían de correrse y serían eternas. Mientras tanto su actividad fue la de periodista. Comenzó escribiendo relatos para distintas revistas de la época. Más tarde ingresó como redactor en el diario *Crítica*, en el que se dedicó a las crónicas policiales. A partir de 1928 integró el equipo del periódico *El Mundo*, donde permaneció hasta su muerte y para el que escribió sus conocidas *Aguafuertes porteñas* que aparecieron de 1928 a 1935. Se divertía contando anécdotas sobre sus amistades con rufianes, falsificadores y pistoleros, de las que saldrían muchos de sus personajes. Las *Aguafuertes* se convirtieron con el tiempo en uno de los clásicos de la literatura argentina.

Publicó *El juguete rabioso*, su primera novela, en 1926. Después aparecieron *Los siete locos* (1929), su continuación, *Los lanzallamas* (1931), y *El amor brujo* (1932). También es autor de numerosos cuentos, que reunió en los volúmenes *El jorobadito* (1933) y *El criador de gorilas* (1941). Sus obras de teatro son, entre otras: *300 millones* (1932); *Saverio, el cruel* (1936); *El fabricante de fantasmas* (1936); *La isla desierta* (1938).

Como periodista, viajó por varias provincias argentinas y por Uruguay, Brasil y Chile. En 1935 visitó España –luego sumó el norte de África–. Durante este periplo de un año siguió redactando sus crónicas, publicadas en 1936 como *Aguafuertes españolas*.

Murió en Buenos Aires en julio de 1942.

En su *Enciclopedia de la Literatura Argentina*, Pedro Orgambide escribe: “Sobre sus actividades periodísticas existe un copioso anecdotario, verosímil y apócrifo, que lo muestra como un personaje singular, capaz de echarse a llorar sobre la máquina porque la crónica policial era demasiado triste o de escribir un elogio a Lenin o de llegar al despacho del director haciendo equilibrios sobre una cornisa”. Y sobre sus cuentos dice: “En los cuentos de *El jorobadito* se advierte una vez más esa preocupación por el tiempo vivido, por el tiempo a vivir, por lo irreversible de lo que no se vivirá jamás. La ironía, el humor, la tristeza, se unen para expresar ese despilfarro de los días. Tipos y anécdotas se suceden prisioneros en sus pequeños intereses, en sus afanes y canallerías, sin advertir esa cita con el decurso, con su propia muerte. Lo pintoresco, aún lo risueño de ciertas situaciones, no apartan sino que subrayan ese sentido trágico de la vida. Arlt decía que escribía para un público que tuviera sus propios problemas. «Es decir, de qué modo se puede vivir feliz, dentro o fuera de la ley.»”



ENLACES

El juguete rabioso

(novela, 1926) se puede descargar en el link

http://biblio3.url.edu.gt/Libros/roberto/El_juguete.pdf

Perfil de Roberto Arlt en Canal Encuentro

<https://www.youtube.com/watch?v=ofLZIJpRWNA>

Biografía y textos relacionados con su obra

http://www.cervantesvirtual.com/bib/bib_autor/Arlt/

